

## Dr. Rafael Muñoz Kapellmann (1917-2004)†

Es una convicción compartida con no pocos considerar que el verdadero capital de cualquier institución académica lo constituyen sus grandes nombres. No tienen que ver la riqueza patrimonial, ni el número de departamentos que lo componen, ni los equipos sofisticados de cuarta generación; ni siquiera los libros, ni las computadoras ni otras virtualidades son responsables del honor institucional. Hechos a un lado el orgullo, la pompa y la circunstancia que no pocas veces nos sobran, son los Hombres que han marchado a su servicio los que enaltecen y traen la gloria a instituciones como la nuestra.

Desde su fundación han sido muchos los Hombres que en nuestro Instituto han seguido el espinoso camino de la profesión médica a través de no pocas adversidades logrando gozar de la miel del trabajo cumplido. Hoy honramos a tres de estos Hombres.

Corresponde al que lee la responsabilidad de recordar a uno de ellos; y advierto que no escapa de mi conocimiento, ni por un instante, la existencia de aquellos que pudieran hacer una presentación mejor.

En virtud de lo expuesto, tomo venia de usted Doña Isabel, así como de los hijos (Susana, Beatriz, Laura, Isabel, Paulina, Mauricio) y demás nietos y bisnietos que hoy nos acompañan, no sin ofrecerles mi mejor esfuerzo por llevar a buen término el encargo impuesto.

Quisiera comenzar tomando de Sabines lo que escribiera sobre su padre:

*“Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,  
por eso es que este hachazo nos sacude.  
Nunca frente a tu muerte nos paramos  
a pensar en la muerte,  
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.*

*No lo sabemos bien, pero pronto llega  
un incesante aviso,*

*una escapada espada de la boca de Dios  
que cae y cae y cae lentamente  
Y he aquí que temblamos de miedo,  
que nos ahoga el llanto contenido,  
que aprieta la garganta el miedo.”  
Hasta aquí Sabines.*

Decano de la cirugía en nuestro instituto, cirujano ejemplar, maestro paradigmático, fiel trabajador y leal hijo de “Nutrición”, el doctor Rafael Muñoz Kapellmann nos ha dejado y antes que vaciar nuestras almas nos ha obsequiado con una última lección: la memoria de una vida bien vivida.

Nació en la ciudad de México el 20 de mayo de 1917.

Hijo único de Paulina Kapellmann Niderau y Amaury Muñoz Olguín. Ella, originaria de Volberg, Alemania, emigró a nuestro país con su familia siendo niña. Él, originario de Tulancingo, estado de Hidalgo y gran aficionado al automovilismo, era asiduo participante en las carreras que se celebraban en la pista del “Hipódromo de la Condesa”, en lo que hoy corresponde a la avenida Ámsterdam (en la colonia Hipódromo Condesa). Su intrépida y espectacular forma de conducir le valieron el mote de “El Rey del Volante”.

Rafael Muñoz Kapellmann cursó sus estudios de primaria y secundaria en el “Colegio Alemán”. La preparatoria la cursó en el “Colegio Francés Morelos” y al graduarse se inscribió en la Facultad de Medicina

de la UNAM en 1936. En ese entonces los cursos de materias básicas se desarrollaban en el Antiguo Palacio de la Inquisición y posteriormente la clínica en el Hospital General. Su espíritu inquisitivo movió su interés hacia la cátedra de aparato digestivo, impartida por el maestro Raoul Fournier, y la de técnica quirúrgica, cuyo titular era el maestro Julián González Méndez. Se graduó y recibió su título de médico cirujano en 1942.

Ese mismo año, la hermosa Isabel León Noguera fue “princesa” en el famoso “Baile Blanco y Negro” celebrado en el “Churubusco Country Club”. Ella supo capturar el interés del doctor Muñoz quien pertinaz y metódicamente tomó las acciones necesarias. Ambos se



†Presentado en la Sesión General del INCMNSZ como Homenaje Póstumo el día 27 de agosto del 2004.

casaron en 1944 y permanecieron juntos por sesenta años. Quisiera aquí citar las palabras de otro poeta muy allegado a todos nosotros escritas en honor del 50 aniversario del matrimonio Muñoz-León:

*“La vida tiene tres elementos:  
él, ella y las circunstancias.  
...En la vida hay también espacios,  
cada uno con su dimensión,  
pero el más bello de todos,  
por mucho es el espacio de la familia...”*

Gracias al Dr. Jorge Elías Dib por lograr captar la esencia que mueve al hombre y al cirujano. Los siete hijos Muñoz-León lo saben: Rafael, Beatriz, Isabel, Paulina, Laura, Susana y Mauricio.

Pero permítanme volver a la carrera médica no sin antes prometer regresar a la vida personal.

Su mente estaba puesta en convertirse en cirujano. En aquel entonces la educación médica de postgrado se basaba en un sistema que dependía de un preceptor. Ante esta situación la costumbre era que el médico joven lograra ser aceptado como discípulo y ayudante por un buen cirujano.

Así Don Rafael obtuvo su nombramiento de “médico aspirante” bajo las órdenes de Clemente Robles que en ese entonces era el jefe del pabellón 7 de Cirugía General y Neurocirugía del Hospital General.

En 1946 se inauguró el Hospital de Enfermedades de la Nutrición y el Dr. Zubirán invitó a Clemente Robles para que fungiera como cirujano en jefe. En la primera operación, realizada el 22 de febrero de 1947, Rafael Muñoz Kapellmann estuvo presente junto con Jorge Solís Manjarrez. Alguna vez me contó el Dr. Muñoz que el trato con Solís era de alternarse como primer y segundo ayudantes dejando a la suerte de un democrático volado el orden en que empezaron aquella histórica ocasión. A partir de esa fecha permaneció como cirujano en este hospital hasta su retiro, 44 años después. Su primera cirugía *in solo* fue una hernia epigástrica realizada el 21 de marzo de 1948.

Hubo muchas primicias quirúrgicas en esa época y una de la más importante fue la desencadenada por el desastre ocurrido durante una esplenectomía en un paciente con hipertensión porta. En ese entonces el hiperesplenismo secundario se conocía como síndrome de Banti y la esplenectomía estaba indicada. El fracaso en el que incurrieron, lejos de desmotivarlos, generó un auténtico deseo de estudio y planeación para resolver el problema. En 1949, Robles, junto con Muñoz Kapellmann y Solís realizaron la primera derivación porto-cava mediante anastomosis esplenorenal proximal efectua-

da en México, apenas cuatro años después de que hubieran aparecido en Estados Unidos las publicaciones de Whipple, Blakemore y Linton al respecto.

En 1950, Richard B. Cattell extendió al Dr. Muñoz una invitación para asistir a la Clínica Lahey de Boston.

Muñoz se interesó en la cirugía del estómago, el duodeno, el hiato esofágico y el colon. Mostró, además, gran dedicación a la cirugía de la hipertensión portal y a la reconstrucción de las vías biliares, desarrollando para esta última una técnica para colocar, como férula en la vía biliar reconstruida, una sonda transhepática. Su técnica fue publicada en el American Journal of Surgery y ameritó un comentario editorial por el prestigiado cirujano John Cameron de la Universidad de Johns Hopkins.

Durante 44 años, Rafael Muñoz Kapellmann fue cirujano activo en el Instituto. Si con algo podemos identificar al Dr. Muñoz es con la esencia del cirujano. No existe mejor conocedor de la labor de un cirujano que sus alumnos asistentes en sus cirugías. Quienes tuvimos el privilegio de trabajar con él fuimos testigos de las capacidades y alcances de nuestro querido “Oso”. Un mote que refleja acuciosamente su actuar en la vida del quirófano y en el quirófano de la vida. Actuar que fue siempre representativo de la mejor filosofía osleriana con respecto de las características esenciales que debía poseer el médico. Estas características las definía como: imperturbabilidad y ecuanimidad. La primera característica es más física y corporal mientras que la segunda es etérea y espiritual. Si algo era el Dr. Muñoz era eso: imperturbable y ecuánime.

Muñoz era imperturbable al mostrar siempre frialdad y presencia de mente bajo cualquier circunstancia, calma dentro de la tormenta y claridad de juicio en momentos de peligro. Tiene mucho que ver con la inmovilidad y la impasibilidad, pero, citando nuevamente a Osler, *“...en su forma más verdadera y más perfecta, la imperturbabilidad se encuentra indisolublemente asociada a una amplia experiencia y a un íntimo conocimiento de los distintos aspectos de la enfermedad”*.

La ecuanimidad se manifestaba a través de su entereza. Un temperamento equilibrado que en momentos de dificultad se sublimaba para convertirse en la verdadera *Aequanimitas* osleriana.

Era imponente en el actuar cotidiano. Su sola presencia ya impactaba al novato que apaciguaba al veterano. Elevaba el acto quirúrgico a nivel de ceremonia *quasi-religiosa*. Pero nunca exigió nada que el mismo no fuera capaz de ofrecer.

La vestida del paciente con los segundos campos, fijos con puntos de seda anudados flojos y cortados a un centí-

metro del nudo, parecían un ritual digno de iniciación en una organización secreta medieval. Mantenía un respeto profundo por el paciente y exigía lo mismo de los demás: no fuimos pocos los que sufrimos laceraciones verbales cuando, de manera súbita el Dr. Muñoz detenía toda la actividad en la mesa de operaciones y con una voz helada salpicada de nitrógeno líquido exclamaba “¿*Qué dijo usted?*!” En ese momento daba la impresión de haberse abierto las mismas puertas de Hades adonde irremediablemente iba a ser arrojado el novicio infractor quien, a pesar de las múltiples advertencias al respecto, olvidaba las mismas y osaba referirse a los contenidos abdominales que aparecían protruyendo por la herida quirúrgica como “tripas”. Errores así podían costar por lo menos una semana de depresión en una época en que desconocíamos la benevolencia del Prozac.

Cualquier desviación de una técnica quirúrgica depurada era rígidamente criticada con la habitual y famosa ironía “muñozesca”. Por ejemplo, limpiar el área quirúrgica con los campos de tela y no con la gasa habitual ameritaba reprender al culpable con un “¿*Acaso en su casa usted se limpia la boca con el mantel y no con la servilleta?*”

La actividad en la mesa de operaciones era de concentración total en los objetivos de la cirugía. La plática era limitada y siempre relacionada con el paciente o la misma operación. Siempre decía con su habitual ironía: “no entiendo a los cirujanos, en las operaciones hablan de sus fiestas y en las fiestas de sus operaciones”. Y no era infrecuente que nos regalara con una corrección lingüística que nos obligaba a buscar los términos correctos para decir lo que pensábamos; ejemplo de esto era cuando alguna vez, tratando de justificar la poca eficiencia de la enfermera instrumentista, le comenté “...*es que es nueva doctor*”, a lo que sin inmutarse, ni modificar el ritmo que seguía en la disección me contestaba “*dirás reciente Patricio, o qué, ¿acaso la conoces bien?*” Y es de todos conocida la ocasión en que la enfermera eficiente, previendo la necesidad de otra gasa montada en pinza de anillos inocentemente le preguntaba “¿*Doctor, le doy otra montadita?*”, y él, humildemente, rechazaba el ofrecimiento aduciendo razones muy firmes que es mejor dejar para otra ocasión.

Académicamente, el Dr. Muñoz fue siempre igual de imponente. Como buen producto de una generación que creció inmune a los modernos indicadores de productividad científica y sin menosprecio a factores de impacto, citas u otros métodos de econometría científica, simplemente publicaba porque tenía algo que decir. Esto lo hizo mediante 28 artículos en revistas médicas

en México y el extranjero y 19 capítulos de libros. Su última publicación la realizó recordando sus aventuras en los inicios del tratamiento quirúrgico de la hipertensión portal.

Figura importante dentro de las asociaciones académicas de nuestro país y el extranjero, llegó a ser miembro de sociedades médicas y quirúrgicas de México, Estados Unidos, Suecia, Uruguay, Colombia, Honduras y Cuba.

Ingresó a la Asociación Mexicana de Gastroenterología en 1958 ocupando varios puestos hasta llegar a ser Presidente de la Mesa Directiva en 1967. Sus dotes organizativas le valieron tener la vicepresidencia científica del Comité Organizador del V Congreso Mundial de Gastroenterología celebrado en 1974 en la Ciudad de México.

Desde 1959 fue miembro de la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición “Salvador Zubirán” y fue Presidente de la misma en 1980. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina de México en 1960.

Miembro del Colegio Americano de Cirujanos desde 1962, actuó como presidente del Capítulo Mexicano de dicha organización en 1965 y posteriormente como Gobernador para México de 1990-1993.

Fue partícipe importante en la organización académica de las especialidades médicas en nuestro país elaborando el reglamento de fundación del Consejo Mexicano de Gastroenterología y fungiendo como su primer presidente en 1980.

Presentó innumerables contribuciones en congresos y cursos en México y en el extranjero, y participó en los Congresos Mundiales de Gastroenterología en Washington, 1958; Tokio, 1966; Copenhague, 1970; México, 1974; Madrid, 1978 y Estocolmo, 1982.

Una actividad en la que sobresalió y que merece mención especial es su participación como realizador cinematográfico. Me refiero obviamente a la cinematografía quirúrgica. Tal vez en la actualidad esta actividad se tome un poco a la ligera por el advenimiento de la videotecnología quirúrgica actual donde los sistemas de documentación digital son una realidad común en cualquier sala de operaciones y el más fresa de los cirujanos trae consigo un teléfono que es capaz de captar digitalmente segmentos de actividad quirúrgica y hasta no quirúrgica.

El Dr. Muñoz realizó siete películas sobre temas quirúrgicos en una época cuando para hacerlo se requería de equipos de iluminación especial, cámaras cinematográficas de 16 mm a las que no cualquiera tenía acceso, grabadoras de sonido y un laboratorio de posproducción

profesional. Todo esto lo conjuntó Don Rafael y, además, era el primer actor. Y esto lo realizó, hasta donde puedo yo saber, costeando los gastos de sus propios recursos económicos; como siempre, por el simple gusto de hacerlo. También en esto fue pionero en México.

William Osler describió los cuatro ideales que el practicante de medicina debe procurar durante su vida: El primero es lo que él denominaba como “El Arte del Desapego” y que se resume en anteponer el trabajo a los placeres de la vida. La segunda característica es “La Virtud del Método” que se compone por un lado del arreglo ordenado del trabajo y, por el otro lado, el uso de la ciencia como herramienta principal. El tercer ideal lo constituye “La Cualidad de Perfección” y lo consideraba como el conocimiento completo de las ciencias fundamentales en las que se basa la medicina. Ofrezco todo lo escrito hasta ahora como prueba de que Rafael Muñoz Kapellmann seguía esos ideales.

Sinceramente desconozco si vivía influenciado por el pensamiento de Osler, sin embargo, no tengo la menor duda de que el “Oso” ha sido para mí el paradigma viviente de la filosofía osleriana. No me queda la menor duda de que Don Rafael vivió así su profesión. Estos ideales, cuando presentes, pudieran alguna vez haber sido confundidos por el incauto como frialdad, rigidez, dureza, exigencia y hasta altanería o soberbia. Sin embargo, qué lejos permaneció el Oso de todo eso y que cerca estuvo siempre del orgullo que bebió directamente de Zubirán: el orgullo de la mística de Nutrición.

Y el paso del tiempo sólo lo preparó para desarrollar el último de los cuatro ideales de Osler. Éste es el ideal que, citando al mismo Osler, “...por sí solo puede dar permanencia a todos los poderes”: La Gracia de la Humildad. Hacia el invierno de su vida, el Dr. Muñoz supo expresar manifestaciones claras de esta gracia y ofrezco tres pruebas.

Prueba 1: Las sirenas le cantaron. Alguna ocasión le fue ofrecida la dirección del Hospital Juárez y en dos ocasiones la dirección de la Cruz Roja. Como un Odiseo quirúrgico mantuvo firme su mirada en la Ithaca de la sala de operaciones y declinó tales ofrecimientos.

Prueba 2: La cirugía ha sido poblada predominantemente por elementos del género masculino a tal grado que más de uno (o mejor dicho más de una) pudiera acusarnos de ser una profesión que se encuentra en las fronteras de la misoginia (si no es que en más de una ocasión las ha traspasado irresponsablemente). No es momento de hacer un análisis de esto, sólo baste recordar que en 40 años de residencia sólo han egresado tres cirujanas de nuestra institución. Afortunadamente esto ha encon-

trado un cambio favorable y actualmente existen varias precirujanas en nuestros programas. ¿Y Muñoz qué tiene que ver con esto? Pues él, como buen producto de su época, vivió la escasez del género femenino no sólo en la cirugía, sino en la medicina toda. El efecto que tuvo esto sobre él fue que por años, al encontrarse con personal médico femenino, en vez de referirse a ellas por su título universitario acostumbrado, se dirigía a ellas como “Señoritas”. A nosotros nos reservaba el título de “Doctores”. Así fue por los años de los años; y así hubiera seguido siendo sino es que un día, después de las actividades académicas de un congreso al que asistíamos, nos juntamos en un restaurante y departamos alegremente. No estoy seguro si fue el cansancio del día, o el exceso de alegría o, lo más probable, el exceso de tequilas, pero el hecho es que una de las alumnas del Oso, Enriqueta Barrido (quien ese día había participado en un simposio sobre mujeres cirujanas), fue interpelada por el Doctor y, cuando todos esperábamos lo peor, reconoció su error, le ofreció una disculpa y prometió no volver a hacerlo (o por lo menos, entre los tequilas, algo así logré entender que le dijo).

Prueba 3: Tuve el gran privilegio de trabajar con el Dr. Muñoz los últimos cinco años en que practicó como cirujano activo. Compartíamos consultorio y cuando no había mucha actividad (que en mi caso era muy frecuente) me sentaba a platicar con él. Un día me preguntó sobre cómo pensaba yo que estaba operando él. Imaginen lo absurdo de la situación. El pequeño saltamontes súbitamente convertido en juez calificador de su propio sensei. Y a pesar de lo que pudieran pensar, mi respuesta fue totalmente sincera “Doctor, usted es un... excelente cirujano” (el profundo respeto que siempre le guardé me impidió utilizar la palabra mágica que Paz analiza a la perfección en su Laberinto de la Soledad). Y luego me lo soltó “Patricio, me voy a retirar”. “¡Se va a quééé!” contesté. A la edad de 74 años, y después de haber practicado la cirugía durante 49 de esos años, el doctor Muñoz consideró que era el momento propicio para retirarse del ejercicio profesional, decisión que venía planeando desde hacía muchos años. Él lo describe así: “*Siempre consideré que cuando el cirujano pierde facultades para realizar su misión e insiste en seguir operando, el gran perjudicado es indudablemente el paciente. Yo seguía operando como de costumbre, la destreza y el criterio no habían disminuido, pero noté algunos signos premonitores, como mayor cansancio en operaciones muy prolongadas, disminución del interés en el trabajo quirúrgico y aumento de la preocupación de lo que pudiera ocurrir al paciente operado. A nadie comuniqué mis in-*

*tenciones. Para mí última operación seleccioné un caso interesante y difícil... El 17 de junio de 1991 lo operé en el Instituto de Enfermedades de la Nutrición... ”.*

Pienso yo que no hay mayor humildad que saber reconocer cuando uno debe ceder a la tentación de continuar con lo que ha sido la vida de uno. El Instituto lo distinguió con el nombramiento de Cirujano Emérito ese mismo año de 1991.

Regreso a la vida personal. El doctor Muñoz Kapellmann siempre fue aficionado a los deportes. A los 15 años ingresó al Club Alemán de Regatas en Xochimilco y permaneció activo hasta los 38 años. En 1936, el Club Alemán recibió una invitación de la Federación Alemana del Deporte para que un grupo de remeros juveniles fueran a presenciar la X Olimpiada en Berlín y el doctor Muñoz asistió como integrante de dicho grupo.

Fue presidente de la Asociación de Regatas de México, en 1949, y al año siguiente acudió como Delegado de Remo a los Primeros Juegos Panamericanos celebrados en Buenos Aires. Su hijo mayor Rafael participaba con él como timonel desde la edad de cinco años.

Después de dejar el remo, en 1955, jugó tenis en el “Club Reforma”. En 1960 la Federación Mexicana de Tenis lo nombró presidente del Comité Nacional de Tenis Infantil y Juvenil. Desde esta posición impulsó en ese deporte a su hijo Rafael quien llegó a estar clasificado como el cuarto jugador juvenil de México y obtuvo numerosos trofeos haciendo pareja con “La Ranita” Loyo Mayo; incluso, tuvo la oportunidad de jugar contra Rod Laver en el Torneo Panamericano de 1963. Desafortunadamente Rafael, su hijo mayor, se le adelantó por mucho en el viaje de la vida a consecuencia de un accidente. Lo recordamos con cariño y respeto. Cosas así suceden y sólo el espíritu preparado es capaz de superar la adversidad. Imperturbabilidad y ecuanimidad; características de las que, en su momento, indudablemente echó mano el maestro Muñoz. Lo demás fue amor familiar.

Y ese amor lo tuvo de sobra. Sesenta años de compartir con doña Isabel, y sus hijos y sus nietos y sus biznietos. Dios nos depare a todos nosotros algo similar.

Pero debo mencionar que el Dr. Muñoz tenía otra familia: La familia institucional.

Hace dos días hablé por teléfono con doña Isabel y al final de la plática le pregunté si hubiera algo especial que quisiera ella que dijera yo acerca de Don Rafael el día de hoy. Me pidió una sola cosa, que dijera que quiso mucho al Instituto.

Creo que la mayoría de nosotros sentimos al Instituto como una segunda familia. Y nos duele perder a sus miembros. Hoy honramos a tres de ellos. No han sido los únicos y en la rama familiar de la cirugía hemos tenido otras pérdidas de las que quisiera recordar a Federico Chávez Peón, a Juan Bobadilla y a nuestra jefa Cristi Lleverino. Sergio Cárdenas Silva y Victor Letayf Hadad serán recordados a continuación.

Este momento pertenece a Rafael Muñoz Kapellmann, y a pesar de su retiro de la cirugía activa, él continuó con una actividad intensa como maestro que era, asistiendo a las sesiones del hospital, comentando casos y sirviendo como consejero y, mejor aún, como amigo. Supo hacer de su retiro una actividad: no fueron pocas las veces en que dio conferencias sobre cómo y cuándo debe retirarse el cirujano. La última lección quirúrgica.

No fueron pocas las veces que nos escapamos a comer con él. Íbamos a muchos lugares, pero él prefería sitios donde hubiera, como decía con su habitual ironía, “carne, hasta para comer”.

Rafael Muñoz Kapellmann, 1917-2004. Vio al Hospital de Enfermedades de la Nutrición convertirse en el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición “Salvador Zubirán”. Fue actor vivo de dicha evolución.

*Retomo a Sabines quien escribía:*

*“Algo le falta al mundo,  
y tú te has puesto empobrecerlo más  
y hacer a solas  
tus gentes tristes  
y tu Dios contento.”*

Oso, nuestra alma no está vacía. No te vemos pero te sentimos, te sabemos. Te sabemos en los ideales que representas, te sentimos en la tradición que nos enorgullece, te sabemos en las raíces del Árbol de la Vida que nos mueve.

Y tú lo dijiste mejor: “Al volver la mirada al pasado, pienso haber cumplido de acuerdo a mi capacidad, con la cirugía, con mi familia y conmigo mismo.” Dios nos guarde si no somos capaces de comprender que ESO es vivir.

Dr. Patricio Santillan Doherty\*

\* Jefe del Departamento de Cirugía Experimental  
Servicio de Cirugía Torácica. Instituto Nacional  
de Ciencias Médicas y Nutrición  
“Salvador Zubirán”. Tlalpan, D.F., México.